

« Ingleses y entregarles nuestro ejército. Ya debía  
 « estar acabada la guerra en aquel punto, y un  
 « hombre de juicio debiera, despues de haber visto  
 « una vez como se baten los del Vendée, encontrar  
 « medio de acabar con ellos. Mas él, que poseia  
 « tambien la ciencia militar, habia discurrido una  
 « maniobra infalible, y si su salud no se hallase  
 « en tan mal estado, ya se habria trasladado á las  
 « orillas del Loira para ejecutar por sí mismo  
 « aquel plan. Custine y Biron eran los dos Du-  
 « mouriez del momento, y despues de arrestarles  
 « era indispensable tomar la última medida que  
 « serviria de respuesta á todas las calumnias y  
 « comprometeria definitivamente á todos los di-  
 « putados con la revolucion, y era la de dar muer-  
 « te á los Borbones que estaban presos y pregonar  
 « las cabezas de los que estaban fugitivos de aque-  
 « lla familia. De este modo no se acusaria á unos  
 « de que destinaban el trono á Orleans y se impe-  
 « diria á otros hacer la paz con la familia Capeto.»

Ya se echa de ver que no se habia disminuido  
 en semejante hombre ni la vanidad, ni el furor, ni  
 la precipitacion en anticiparse á los temores po-  
 pulares, y por tanto Custine y Biron estaban en  
 turno para ser los dos objetos del furor general,  
 sin mas que porque Marat aunque enfermo y mori-  
 bundo habia tenido el honor de la iniciativa.

Se veia pues precisada Carlota para darle el

golpe á ir á buscarle á su casa mas, antes princi-  
 pió por entregar la carta que traia para Duperret  
 y desempeñar la comision de su amiga con el mi-  
 nistro del interior y despues se preparó á consu-  
 mar su proyecto. Le preguntó á un cochero Simon  
 las señas de la casa de Marat y habiéndose presen-  
 tado en ella la negaron la entrada, por lo cual to-  
 mó la determinacion de escribirle diciéndole que  
 habia venido desde Calvados para revelarle cosas  
 muy importantes, con lo cual era segura su intro-  
 duccion. En efecto volvió á presentarse el 13 de  
 julio á las ocho de la tarde, y no dejó de ponerla  
 algunas dificultades el ama de Marat, muger de  
 unos 27 años, con quien vivia maritalmente; pe-  
 ro habiéndolo oido Marat que estaba en el baño,  
 mandó que la dejasen entrar. Luego que se quedó  
 sola con él, le refirió lo que habia visto en Caen,  
 y despues se puso á escucharle y á considerarle  
 bien antes de meterle el puñal. Preguntóla Marat  
 con mucha ansia el nombre de los diputados que  
 estaban en Caen y ella se los fué nombrando mien-  
 tras él con un lapiz los iba apuntando y cuando  
 acabó, la dijo: « muy bien, todos ellos iran á la  
 « guillotina » —¿ A la guillotina?..... replica la jó-  
 ven indignada, y sacando del pecho un cuchillo,  
 se le sepulta por bajo de la tetilla izquierda me-  
 tiéndósele hasta el corazon.— ¡ A mi, á mi, gritó  
 él, querida amiga! — Y al momento acudió su ama

con un mozo que estaba plegando diarios, y ambos encuentran á Marat bañado en su sangre, y á la jóven Carlota muy quieta y muy serena á su lado. El mozo la pegó un silletazo que la echó por tierra y el ama la empezó á dar de patadas y con el ruido fue acudiendo gente, de suerte que en un momento se alborotó todo el barrio. Carlota se levantó y estuvo escuchando con dignidad los ultrajes y furores de los que la rodeaban. Acudieron al ruido unos cuantos miembros de la seccion y admirados de su belleza y valor, y mas aun de la serenidad con que confesaba el hecho, impidieron que la hiciesen pedazos y la llevaron á la cárcel, donde repitió su confesion con la misma firmeza.

Este asesinato, igualmente que el de Lepelletier, causó un rumor extraordinario, y al momento se estendió la voz de que era obra de los girondinos, lo mismo que se habia dicho en el anterior y se repetirá en todas las ocasiones semejantes. Cuando una opinion está oprimida, casi siempre se designa por una puñalada, y mientras que un solo individuo exasperado es el que concibe y ejecuta el acto, siempre se imputa á todos los partidarios de la misma opinion, con el fin de autorizarse para ejercer sobre ellos nuevas venganzas y crear un martir. No se sabia como encontrar crímenes á los diputados presos, y aunque la insur-



MUERTE DE MARAT.

reccion departamental suministró el primer pretexto para sacrificarlos , la muerte de Marat sirvió de complemento á sus supuestos delitos y tambien á las razones que se andaban buscando para enviarlos al suplicio.

Grande fue el duelo que hicieron de ella la Montaña, los jacobinos y particularmente los franciscanos que se gloriaban de haberle tenido en su seno antes que otros y de estar mas en armonia con sus ideas ; y así convinieron en que se le habia de dar sepultura en su jardín debajo de los arboles en que por las tardes se leía su periódico al pueblo. Decidió la convencion asistir en cuerpo á sus funerales y se propuso en los jacobinos hacerle unas honras extraordinarias , hasta llevarle al Pantheon, sin embargo de que la ley no permitia que se depositase allí ningun cadaver hasta veinte años despues de su muerte. Se queria que toda la sociedad en masa asistiese al entierro , y que se comprasen por cuenta de ella las prensas del *Amigo del pueblo* para que no cayesen en manos indignas ; que continuase el periódico con redactores capaces , sino de igualarle , á lo menos de recordar su energia y remplazar su vigilancia. Pero Robespierre que siempre cuidaba de hacer mas y mas imponentes á los jacobinos , oponiéndose á sus veces , y que por otra parte queria llamar sobre si la atencion que estaba demasiado fija en el mar-

tir , tomó la palabra con aquel motivo y les dijo:  
 « Si me pongo hoy á hablaros es porque tengo de-  
 « recho de hacerlo , como quien sabe muy bien  
 « que le aguardan los puñales y que ha sido una  
 « mera casualidad que Marat haya sido preferido á  
 « mi. Por eso me considero con derecho á interve-  
 « nir en la discusion y lo hago para manifestaros  
 « mi sorpresa de que esteis aqui mal gastando vues-  
 « tra energia en vanas declamaciones, sin pensar en  
 « otra cosa que en pompas. El mejor medio de  
 « vengar á Marat es perseguir sin piedad á sus ene-  
 « migos, porque la venganza que se desahoga con  
 « honores funebres no tarda en apaciguarse y no  
 « piensa en ejercerse de un modo mas efectivo y  
 « y mas útil. Renunciad pues á semejantes discu-  
 « siones y vengad á Marat de una manera mas dig-  
 « na de él. » Al momento cesó la discusion con  
 aquellas palabras y no se volvió á pensar en nada  
 de lo dicho; pero sin embargo los jacobinos, la  
 convencion, los franciscanos y todas las socieda-  
 des populares, igualmente que las secciones se  
 prepararon á hacerle funerales magníficos. Estuvo  
 su cadaver espuesto al público durante muchos  
 dias enteramente descubierto para que se viese la  
 herida que habia recibido, y las sociedades pa-  
 trióticas y las secciones venian procesionalmente  
 á echar flores en el féretro. Cada presidente pro-  
 nunciaba su discurso, y habiendo sido la prime-

ra que vino la de la república, dijo su presidente:  
 « ¡ Ya murió el amigo del pueblo y ha muerto ase-  
 « sinado!..... No pronunciemos su elogio sobre  
 « despojos inanimados: el mejor elogio es su pro-  
 « pia conducta, sus escritos, su sangrienta herida  
 « y su muerte..... Ciudadanos, esparcid flores so-  
 « bre el pálido cuerpo de Marat. Marat fue nuestro  
 « amigo, el amigo del pueblo, por el pueblo vivió  
 « y por el pueblo murió. » Al decir estas palabras  
 dieron la vuelta una porcion de niñas al rededor  
 del féretro y arrojaron flores sobre el cadaver des-  
 pues de lo cual continuó el orador; « Pero basta  
 « ya de lamentos; escuchad al alma del difunto  
 « que se despierta y os dice: Republicanos, no llo-  
 « reis mas; los Republicanos no deben derramar  
 « mas que una lágrima y pensar despues en su pa-  
 « tria. No es á mi á quien han querido asesinar,  
 « sino á la república: no es á mi á quien debeis  
 « vengar, sino á la república, al pueblo y á voso-  
 « tros mismos. »

Todas las sociedades y secciones vinieron de  
 esta manera una despues de otra al rededor del  
 féretro de Marat, y si la historia recuerda tales es-  
 cenas, no es mas que para instruir á los hombres  
 y hacer que reflexionen sobre el efecto de las preo-  
 cupaciones del momento y mediten bien sobre sí  
 mismos cuando lloran la pérdida de los poderosos  
 y cuando maldicen á los vencidos del dia.

Entretanto, estaban instruyendo la causa de la jóven Corday con aquella rapidez propia de las formas revolucionarias, y habian implicado en ella á dos diputados, uno de los cuales era Duperret <sup>57</sup>, con quien habia tenido relaciones por haberla llevado á casa del ministro del interior; el otro era Fauchet, en otro tiempo obispo, que se habia hecho sospechoso por su intimidad con el lado derecho, y de quien dijo una muger loca ó perversa que le habia visto en las tribunas en compañía de la acusada.

Conducida Carlota á presencia de sus jueces, conservó la mayor serenidad de espíritu y leida que fue la acusacion fiscal, se procedió al examen de los testigos: mas ella sin dar tiempo á que se explicase el primer testigo, le interrumpió diciendo: yo soy quien mató á Marat.—¿Y quien os indujo á ese asesinato? la preguntó el presidente.—Sus crímenes.—¿Que entendeis por crímenes?—Las desgracias que ha causado despues de la revolucion.—¿Quienes os han aconsejado semejante accion?—Yo sola, replicó firmemente la jóven. Yo lo habia resuelto hace mucho tiempo y jamas hubiera pedido consejo á nadie para ejecutarla, porque mi intento ha sido restituir la paz á mi pais.—Pero ¿creis haber matado á todos los Marat?—No, respondió tristemente la acusada, no. Dejó luego que se explicasen los demas testigos, y

cuando acababa su deposicion cada uno de ellos, añadía: «Es verdad, el testigo tiene razon.» No se defendió mas que sobre un solo punto que fue el de su complicidad con los girondinos, ni desmintió mas que á un solo testigo que fue á la muger que habia complicado en la causa á Duperret y á Fauchet; luego se volvió á sentar y escuchó lo restante de la causa con la mayor indiferencia. «Ya veis, dijo por toda defensa su abogado Chauveau Lagarde, <sup>58</sup> que la acusada lo confiesa todo «con imperturbable seguridad; mas esta calma y «abnegacion, bajo cierto aspecto sublimes, no «pueden esplicarse mas que por el entusiasmo político mas exaltado. A vosotros os toca juzgar la «importancia de esta consideracion en la balanza «de la justicia.»

Fue condenada á muerte Carlota Corday, sin que se conmoviera su hermoso semblante y volvió sonriéndose á la prision, donde escribió á su padre para pedirle perdon de haber dispuesto de su vida, y tambien á Barbaroux contándole su viaje y su hazaña en una carta llena de gracia, talento y elevacion de ideas, en que le decia que sus amigos no debian llorarla porque una imaginacion viva y un corazon sensible solo pueden prometer á quien los posee una existencia muy borrascosa. Añadió que quedaba bien vengada de Petion, el cual en Caen habia sospechado un momento de sus

opiniones políticas. Ultimamente le suplicaba que dijese de su parte á Wimpffen que ella le habia ayudado á ganar una batalla : « ¡ que triste pueblo « para fundar una república ! Lo primero es ase- « gurar la paz ; el gobierno vendrá cuando Dios « quiera. »

El día 15 sufrió Carlota su sentencia con aquella serenidad que no la habia abandonado jamas y correspondió á los ultrages del populacho con una aptitud modesta y digna de la virtud. Sin embargo no todos la ultrajaban, mas antes compadecian á una jóven tan linda y desinteresada en su accion y la acompañaban al cadalso con miradas lastimeras ó con sigtos no equivococ de admiracion.

A Marat le trasladaron con gran pompa al jardín de los franciscanos y en el parte que se dió al ayuntamiento se decia : « Esta pompa ha sido tan « sencilla como patriótica , y el pueblo reunido á « las banderas de sus secciones le acompañó paci- « ficamente, ofreciendo en su mismo imponente « desorden el mas tierno espectáculo con su res- « petuoso silencio y una consternacion general. Ha « durado la marcha desde las seis de la tarde has- « ta media noche , compuesta de ciudadanos de « todas las secciones , de los miembros de la con- « vencion , los del ayuntamiento , del departamen- « to , de los electores y de las sociedades popula- « res. Luego que llegó el cadaver de Marat al jar-

« din de los franciscanos , se le depositó debajo de « los árboles , cuyas hojas ligeramente agitadas « del viento , reflejaban y multiplicaban una luz « suave y agradable. El pueblo silencioso rodeaba « el féretro , y el presidente de la convencion pro- « nunció un discurso elocuente , en que anunció « que no estaba lejano el tiempo en que seria ven- « gado Marat ; pero que no convenia dar á los ene- « migos de la patria motivos de alegría con accio- « nes prematuras é inconsideradas. Añadió que la « libertad no podia perecer sino antes bien « consolidarse con la muerte de Marat. Despues de « otros muchos discursos , que fueron vivamente « aplaudidos se colocó el cadaver en la tumba y « empezaron á correr las lágrimas , retirándose ca- « da cual á su casa con el alma traspasada de dolor. »

Aunque su corazon fue disputado por muchas sociedades , se quedaron con él los franciscanos y su busto reproducido en todas partes con el de Lepelletier y el de Bruto , fue colocado en todas las asambleas y lugares públicos. Levantáronse los sellos de su casa , y no se encontró mas caudal que un asignado de cinco francos , cuya pobreza fue un nuevo motivo de admiracion. El ama , que segun la espresion de Chaumette habia elegido para esposa *en un dia de buen tiempo y á la faz del sol* , tomó el título de viuda suya y fue mantenida á costa del estado.

Tal fue el fin de aquel hombre el mas extraordinario de una época tan fecunda en caracteres. Criado en la carrera de las ciencias, se empeñó en trastornar todos los sistemas, y cuando se arrojó á la política, concibió inmediatamente una idea horrorosa y un pensamiento que las revoluciones realizan todos los dias cuando se aumentan sus peligros, pero que no confiesan jamas, cual es la destruccion de todos sus adversarios. Viendo Marat que á pesar de que la revolucion desaprobaba sus consejos, no dejaba por eso de seguirlos; que todos aquellos á quienes denunciaba quedaban despopularizados y morian el dia que él habia predicho, llegó á mirarse como el mayor político de los tiempos modernos, se llenó de orgullo y de una audacia extraordinaria y fue objeto de horror para sus adversarios y de extrañeza hasta para sus mismos amigos. Su fin fue tan accidental y singular como su vida pues pereció en el momento mismo en que los corifeos de la república, al paso que se concentraban para formar un gobierno cruel y sombrío, no podian ya sufrir un cólega maniático, sistemático y atrevido, que hubiera descompuesto todos sus planes con sus extravagancias. En efecto era incapaz de ser un corifeo activo é irresistible, y así se limitó á ser el apostol de la revolucion; mas cuando ya no se necesitaba de apostolado, sino de energia y circunspeccion,

el puñal de una jóven indignada le convirtió en martir, haciendo de él un santo para el pueblo que ya estaba cansado de las antiguas imágenes y necesitaba crear otras nuevas.

## PAGINA 193.

1. J. F. M. Garlles, procurador judicial de Chateaufort y diputado á la convencion nacional fue el que presentó el informe sobre los papeles secretos que se hallaron en el armario de hierro de Talleries, infiriendo de una simple carta del rey á Mr. de Boudlé en que le felicitaba por su buena conducta en Nantes, que aquel príncipe habia mudado las matanzas de que fué víctima aquella ciudad el 31 de agosto 1790. Perteneció primero al partido de la Montaña y luego se pasó al de los girondinos quienes le eligieron para la comision de los doce, cuyo encargo le costó la vida el 31 de setiembre por el tribunal revolucionario.

## PAGINA 194.

2. Antonio Bertrand era un abogado de St. Flour y luego fiscal del tribunal de aquella ciudad. No llamó la atención ni en la asamblea nacional ni en la convencion, mas que por hallarse su nombre entre los proscritos el 2 de junio. Debio de ocultarse en el tiempo del terror, supuesto que en 1798 le hallamos en el consejo de los ancianos, y luego fué subprefecto de St. Flour donde murió hacia el año 1813.

## PAGINA 194.

3. Mollévat era abogado en Namur, y carragador de aquella ciudad cuando principió la revolucion. El año de 91 le nombraron juez en el tribunal de cassacion y des